

# ***"Alta suciedad"***

*Comedia de intriga en 1 acto*

## ***PERSONAJES***

***RENATA... La criada, no menos de 50 años, mal encarada e impertinente***

***CARMEN... Joven, llegando a 30 años, mujer del pueblo llano***

***JOAQUIN... Marido de la anterior, de su edad más o menos, también del pueblo llano***

***MARÍA... Pasados los 30, pero aún joven, de muy buen ver, todo elegancia y saber estar, adinerada desde siempre.***

***ANTONIO... Marido de MARIA, de su misma edad, también de muchísimo dinero***

La obra se ambienta en Asturias, en la zona rural, en la casa de alguno de los muchos caciques que había en aquella época en cualquier pueblo asturiano (y probablemente español), pero es extrapolable a cualquier otro lugar, cambiando el nombre de algunos lugares donde se desarrolla. La época es en el franquismo, cuando se promulgó la ley del adulterio.

## ACTO ÚNICO

*España de post guerra, justo cuando Franco aprobó la ley del adulterio. Sala principal de la casa de una familia muy adinerada. Muchos lujos y decoración. Pican al timbre varias veces.*

RENATA.- *(Entra por un lado. La criada, vieja, refunfuñona y respondona)* ¡Ya va, carajo! A ver si dejamos de darle al dichoso timbre. *(Sale por el otro lado. Vuelve con JOAQUÍN y CARMEN, un matrimonio de pueblo, bien vestidos, dentro de lo que pueden)* Quedarían a gusto de apretar el puñetero botón, ¿eh? No le hubiesen apretado a usted igual las narices, a ver si achataban un poco. *(Sale. JOAQUÍN y CARMEN están un rato un poco fuera de sitio, y sin saber que hacer).*

CARMEN.- Agradable la paisana, ¿eh?

JOAQUÍN.- No te quejes. Cuando vine a pedir cita la otra vez, me hizo descalzarme y entrar descalzo para que no le manchase el suelo.

CARMEN.- La reñirán los amos si se ensucia la casa.

JOAQUÍN.- ¿Los amos? La señora vino a recibirme con las zapatillas en las manos, no te digo más.

CARMEN.- ¿Nos sentamos a esperar? *(Se sienta)*

JOAQUÍN.- Pues no sé que te diga. Invitar no nos ha invitado nadie.

CARMEN.- *(Se levanta)* ¿Esperamos entonces de pie?

JOAQUÍN.- Tampoco nos lo ha mandado nadie, pero de momento... Dios, tengo un revoltijo en las tripas...

CARMEN.- Te había dicho que no comieras el embutido del potaje, que te sienta muy mal.

JOAQUÍN.- No fastidies, Carmen. Son los nervios. Ay, Dios, como Don Antonio no nos ayude, no sé que va ser de nosotros.

CARMEN.- Nos ayudará. ¿Traes la placa?

JOAQUÍN.- *(Saca del bolsillo de la chaqueta una placa de oro, muy llamativa)* Esto lleva más de tres generaciones en mi familia, Carmen. No sé si podré deshacerme d'ella.

CARMEN.- ¿Qué dices siempre que te dijo tu madre cuando te la dio? “Esto alguna vez puede que sea tu salvación”. Pues ahora es el momento, Joaquín. Si no nos salva, estaremos en la calle, empeñados y sin donde caer muertos.

JOAQUÍN.- Si, supongo que tienes razón. *(La guarda)*

RENATA.- *(Entra)* El señor tardará un poco, estaba durmiendo la siesta. No está de muy buen humor precisamente.

JOAQUÍN.- ¡Vaya por Dios! ¿Lo he despertado?

RENATA.- No, lo he reñido yo para que desconecte el timbre, porque hay gente que no sabe llamar una vez y esperar. Quizás conozcan a alguien.

JOAQUÍN.- Como no salía nadie...

RENATA.- Disculpe el señor. Si la culpa es mía por no estar pegada a la puerta esperando que alguien llame. Ahora, con su permiso, voy a ver si monto guardia al lado de ella, por si pasa el cartero. *(Se va)*

JOAQUÍN.- Solo faltaba que Don Antonio se levantara de mal humor de la siesta.

CARMEN.- ¿La siesta? Son las seis de la tarde.

JOAQUÍN.- ¿Qué quieres, Carmen? Este seguro que ya tiene el día ganado nada más levantarse. ¿Quién lo apura a despertar de la siesta?

CARMEN.- Pues ya la hemos hecho buena llamando al timbre.

JOAQUÍN.- Cuernos, Carmen, ya me dirás como llamamos. ¿Tiramos piedritas a los cristales?

MARÍA.- *(Entra. La señora de la casa, muy bien vestida, muy elegante)* No debiera. Alguien podría interpretar que habría venido a cortejar a cualquiera de la casa.

CARMEN.- La criada ya no está en edad de merecer.

MARÍA.- Pero hay otra mujer aquí en la casa. ¿Acaso no pudiera cortejarme a mi?

JOAQUÍN.- *(Violento)* A usted...

MARÍA.- ¿No le parece que alguien pueda cortejarme?

JOAQUÍN.- Claro, claro, cualquier hombre... *(Saca el pañuelo y se limpia el sudor)*

MARÍA.- ¿Usted no miraría para mi? *(Por CARMEN)* Si pudiera, claro.

JOAQUÍN.- Sí... O sea, no... Vamos, que...

RENATA.- *(Entra)* El señor ya está preparado, ahora mismo bajará.

JOAQUÍN.- *(A CARMEN)* Dios, que a tiempo ha entrado esta mujer. Ya no sabía donde meterme.

MARÍA.- Gracias, Renata, puedes retirarte.

RENATA.- Ya hace unos años que tenía que estar retirada. Explotadores... *(Se va)*

MARÍA.- Esta señora lleva ya tanto tiempo en esta casa, que ya es una más de la familia. ¿De qué hablábamos?

JOAQUÍN.- ¡Del tiempo! Vaya como enfriaron los días, ¿eh?

MARÍA.- Pues usted está sudando.

JOAQUÍN.- En frío. Los nervios, ¿sabe?

CARMEN.- Compórtate, Joaquín.

ANTONIO.- (*Entra. El señor, con bata y pañuelo al cuello, muy elegante*) Ah, María, me alegro que estuvieses aquí para recibir a estos señores. ¿Estabais hablando de algo?

JOAQUÍN.- ¡Del tiempo! ¡Cómo ha enfriado el tiempo!

ANTONIO.- Pues usted está sudando a chorros.

JOAQUÍN.- Es que... No estoy acostumbrado a poner traje...

ANTONIO.- ¿Les parece que nos sentemos?

JOAQUÍN.- Sí, que no me aguanto de pie. (*JOAQUÍN se sienta el primero, mientras ANTONIO retira la silla de CARMEN para que se siente, y luego la de MARÍA*) Esto... perdón... (*Se levanta*)

ANTONIO.- Oh, vamos, vamos, no se ande con cumplidos. Siéntese, siéntese. (*Se sientan todos*) ¿Les apetece tomar el te con nosotros?

CARMEN.- No quisiéramos molestar.

ANTONIO.- No es molestia. Faltaría más. La hora del te es sagrada. ¿Ustedes no toman el te a estas horas?

JOAQUÍN.- Nosotros somos más de tomar las infusiones cuando nos duele la tripa.

ANTONIO.- Cariño, ¿serías tan amable de decirle a Renata que nos sirva el te?

MARÍA.- Claro. (*Se levanta, y como Antonio hace lo propio, Joaquín y Carmen lo imitan. Se va*)

ANTONIO.- (*Se vuelve a sentar, y detrás los demás*) A mi, el té que más me agrada es el inglés, con una nube de leche. Me lo traen importado especialmente para mí. ¿A ustedes cuál es el te que más les agrada?

JOAQUÍN.- Pues... Ya le digo que nosotros de infusiones...

CARMEN.- Las recogemos en la montaña: Manzanilla, romero... Y tenemos un tilo delante de casa. Supongo que es español.

ANTONIO.- Ah, claro, entiendo.

MARÍA.- (*Entra.*) Renata traerá ahora mismo el te. (*JOAQUÍN rápidamente va a retirarle la silla para que se siente*) Oh, muchas gracias, qué amable. (*Se sientan todos*)

CARMEN.- (*Aparte*) Para mi no te has apurado tanto para retirarme la silla.

JOAQUÍN.- Cielo, hay que dar buena imagen.

ANTONIO.- Me estaban diciendo que ellos mismos van a recolectar el té y otras hierbas medicinales a la montaña.

JOAQUÍN.- Verá, no quisiera importunarlo, pero el caso es que el tema que hemos venido a tratar...

ANTONIO.- Por favor, los temas de trabajo, después del te. No se pueden mezclar temas tan mundanos con ese momento tan señalado. En esta casa es casi como una liturgia.

CARMEN.- No es cosa de oír misa ahora mismo.

JOAQUÍN.- Bueno, pero, mientras que viene el te y no...

ANTONIO.- No. Primero el te, luego el trabajo. Insisto.

JOAQUÍN.- Si insiste...

MARÍA.- ¿Y llevan mucho tiempo casados?

JOAQUÍN.- Los dos el mismo tiempo, sí.

CARMEN.- ¿Qué dices, imbécil?

JOAQUÍN.- Los nervios, Carmen, que me están matando. Seis años ya.

MARÍA.- ¡Seis años! ¿Y tienen familia?

JOAQUÍN.- Claro que sí, tengo padres, tres hermanas... Y todavía tengo uno de mis abuelos vivo.

CARMEN.- ¡Joaquín! No, señora, aún no tenemos hijos.

MARÍA.- Pues no deben de tardar mucho en tenerlos. Además, van a tener hijos muy lindos, porque los dos son verdaderamente bellos, ¿no te parece, Antonio?

ANTONIO.- Sí lo son. Tiene usted una esposa preciosa, si me permite decirlo. Es usted afortunado. Muchos hombres quisieran estar en su lugar.

JOAQUÍN.- ¿Sentados en esta silla y sudando a mares?

ANTONIO.- (*Ríe con ganas*) Qué sentido del humor tiene este joven. Está claro que con una mujer así nunca tendrá tentación de mirar para otras, ¿verdad?

RENATA.- (*Entra con un servicio de te, elegante, y unas pastas*) Siento decirle a la señora que le acabo de romper otra taza del juego de te.

MARÍA.- ¿El de Sevres?

RENATA.- De ese ya no quedaba ninguna taza, señora. Del de Manises. Claro, te para cuatro en esta bandeja tan raquíca... (*La pone sobre la mesa*) ¿Tengo que servirles también, por si se rompen una uña?

MARÍA.- Renata, que tenemos invitados.

RENATA.- Ya, y deben de estar enfermos, los pobres, inútiles totales. (*Sirve a las mujeres antes y luego a los hombres, acabando por ANTONIO. A CARMEN*) ¿Leche y azúcar?

CARMEN.- Si me lo hubiera dicho antes, no hubiera tomado infusión, prefería la leche.

RENATA.- Que si le echo leche o azúcar al te, señora.

CARMEN.- Ah, azúcar, por favor. Mucho, que soy muy golosa.

RENATA.- ¿Y el señor?

JOAQUÍN.- No, goloso no soy. A mi me gusta más lo salado: jamón, cecina... No entra mucho en casa, pero...

RENATA.- No sabe lo que me interesa todo lo que me está contando, señor. (*Sirve a sus amos sin preguntar*) Si no hay más tonterías que decirme...

ANTONIO.- Gracias, Renata, puedes retirarte.

RENATA.- Otro con el retiro. Si fuera solo ponerle la bandeja de sombrero... (*Sale*)

CARMEN.- El juego de te es muy hermoso, y muy fino. Esos Sevres y Manises que se lo prestan, ¿son vecinos?

JOAQUÍN.- Pues los de Sevres deben de estar muy enojados, porque ha dicho la criada que les habían roto todas las tazas...

MARÍA.- Sevres, en Francia, y Manises, en Valencia, son dos lugares famosos por las porcelanas que producen.

CARMEN.- Es que nosotros, aparte de las de San Claudio... (*N.A.: Fábrica asturiana de Loza, de ámbito regional*)

ANTONIO.- No dejemos enfriar el te. (*Todos van tomando te, muy diferenciada la forma de tomarlo y coger los cubiertos de los de pueblo a los ricos*) Ah, delicioso, ¿no les parece?

JOAQUÍN.- (*A CARMEN aparte*) ¿Qué quieres que te diga? Agua hervida con azúcar. Cuánto mejor sabe la hierbabuena.

MARÍA.- (*Ofreciendo*) ¿Una pasta?

JOAQUÍN.- Gracias. (*Toma una y la remoja en el te*) A ver si así toma gusto... Vaya, se me ha desmenuzado... (*Pesca la pasta con la cucharilla, todo muy basto, ante la mirada guasona de los ricos*)

ANTONIO.- Nos las traen expresamente desde Italia. Tengo contactos fuera, y me mandan muchas cosas. El caviar, por ejemplo, es de Irán. El mejor.

JOAQUÍN.- Ah, sí, eso son huevos de centurión, ¿non?

ANTONIO.- (*Ríe*) Sí, y de tanto comerlos, debió ser por lo que cayó el imperio romano.

CARMEN.- Esturión, Joaquín, esturión. El centurión es lo que usamos para que no nos caigan los pantalones.

ANTONIO.- Otras cosas las adquirimos en Madrid, pero muy poco en Oviedo, porque aquí en provincias hay tan poco donde escoger. ¿Ustedes no tienen también esos problemas?

CARMEN.- Nosotros, todo lo que no sea comprar en la tienda de Pilar...

ANTONIO.- Ah, ¿es una tienda de delicatessen?

JOAQUÍN.- No, señor, es de Carbayín. ¿Ese pueblo de "delicassen" es el de las pastas de Italia?

ANTONIO.- (*Ríe*) Son increíbles las salidas que tiene este joven. Bueno, volviendo a lo de antes, que nos estamos yendo por las ramas. Le decía que usted no debe de tener necesidad ninguna de mirar para ninguna otra mujer, viendo a la suya.

JOAQUÍN.- Bueno, mirar no está prohibido...

CARMEN.- ¡Joaquín!

JOAQUÍN.- Cariño, es un decir. Muchas gracias, y, sin querer molestar, usted también puede estar contento con la suya.

ANTONIO.- Yo ya sé que lo dice para corresponder el cumplido, pero los dos sabemos que no es así.

JOAQUÍN.- No, no, en serio, Su esposa también es preciosa.

ANTONIO.- (*Directo*) Ah, ¿Le gusta mi esposa?

JOAQUÍN.- Sí. O sea, quiero decir, no.

ANTONIO.- ¿No le gusta?

JOAQUÍN.- (*Suda otra vez*) Quiero decir que a cualquiera le gustaría, como no. O sea, que no digo yo que le guste a nadie... Que no es que diga que sea fea, pero... ¿Puedo tomar otra pasta? (*La coge y come*)

MARÍA.- No importunes más a este señor, Antonio. ¿No ves que se violenta con su esposa delante hablando esas cosas?

ANTONIO.- Claro, claro. Qué poco tacto tengo. La señora me disculpará.

CARMEN.- (*Un poco molesta*) Claro... ¿Podrían decirme donde está el baño?

ANTONIO.- ¿El tocador? Faltaría más.

CARMEN.- No, no, no es para tocar nada, es para... lo que se usa el baño.

ANTONIO.- (*Ríe*) Ustedes dos no deben de aburrirse nunca. ¡Qué graciosos son! (*A MARÍA*) No te levantes, cariño, que yo ya he terminado. La acompañaré yo, porque Renata es capaz de llevarla a la carbonera. Por aquí, señora. (*Sale*)

*detrás de CARMEN. Hay una pequeña pausa, con JOAQUÍN muy nervioso, y MARÍA muy risueña)*

MARÍA.- Así que, ¿en qué quedamos? ¿Te parezco bonita, o no?

JOAQUÍN.- Por favor...

MARÍA.- (*Se levanta y va por detrás de JOAQUÍN*) Y lo de les piedritas a los cristales... ¿Lo has hecho alguna vez? Soy tan dura de oído...

JOAQUÍN.- Que no es el momento...

MARÍA.- Si no es ahora, ya me dirás cuando es.

JOAQUÍN.- (*Se levanta de pronto y besa apasionadamente a MARÍA*) Dios, ya no me aguantaba más. (*La suelta también muy rápido*) Por Dios, María, que si viene tu marido...

MARÍA.- (*Se abraza a JOAQUÍN*) Mi hombre ahora eres tu.

JOAQUÍN.- (*La separa*) Ahora no, María, que nos la jugamos, que Antonio puede volver en cualquier momento. Y por Dios, deja de tocar los temas que estáis tocando, que me va salir el corazón por la garganta de un momento a otro.

MARÍA.- (*Mira por la puerta*) Aún no viene para acá.

JOAQUÍN.- ¿Tu crees que me prestará el dinero?

MARÍA.- Sí, no hay problema. Lo he estado ayer convenciendo y diciéndole lo buena gente que sois.

JOAQUÍN.- Si no me viera tan ahogado, sería el último lugar al que viniese, pero estoy con el agua al cuello.

MARÍA.- Yo no te puedo ayudar, ya sabes que el dinero lo maneja él. Pero las mujeres tenemos nuestras armas para lograr lo que queremos.

JOAQUÍN.- ¿No sospechará?

MARÍA.- ¿Antonio? Si es un panoli, Joaquín. No se entera de nada. (*Se arrima insinuante*) ¿Vas a venir a verme mañana por la mañana? Va a estar todo el día en la fábrica. Así no tendré que decirle de nuevo que voy a confesarme, que al final va a sospechar, pero no de ti, sino del cura.

JOAQUÍN.- Don Cipriano tiene sesenta años.

MARÍA.- Pero el sacristán es un seminarista muy joven. (*Se le acerca*) Y tu no querrás que me critiquen con un seminarista, ¿a que no?

JOAQUÍN.- No juegues conmigo...

MARÍA.- Hablando de jugar, ayer, cuando nos vimos, me desapareció un anillo. ¿Lo habrás visto?

JOAQUÍN.- No.



MARÍA.- Es que fue un regalo de Antonio. Mira que tengo joyas, y es el único que reconoce. Siempre que lo ve, me recuerda que me lo compró para la pedida de mano. La verdad es que es muy pequeño, de poco valor y feo, pero bueno, para él es la mejor joya que tengo.

JOAQUÍN.- Pos no sé, no lo he visto. Ya buscaré.

MARÍA.- (*Le coloca el traje*) Este traje es el mismo que traías ayer. Casi parece que aún huele un poco a mi... (*Lo huele*)

JOAQUÍN.- (*Se separa*) Es el único que tengo, así que olerá más bien a rancio. Es con el que me casé...

MARÍA.- (*Sensual*) ¿Y no quieres que lo arruguemos un poco?

JOAQUÍN.- María, por Dios, que me pierdo.

MARÍA.- Si te pierdes, iré a buscarte.

ANTONIO.- (*Entra*) ¿A buscar a quién?

JOAQUÍN.- (*Se separa azorado*) Dios, ahora sí que estoy perdido.

MARÍA.- (*Sin perder el aplomo*) Nada, le decía al señor que en esta casa tan grande igual su esposa se perdía al volver del baño, por eso le comentaba que la iríamos a buscar, que no se preocupase.

ANTONIO.- (*Le da un beso a MARÍA en la frente*) Esta mujer está en todo. ¡Qué joya tengo en casa! ¿Verdad, Joaquín?

JOAQUÍN.- Sí, sí la tiene.

ANTONIO.- Pues ya que lo habéis hablado, ¿por qué no vas a buscar a la esposa de Joaquín y le enseñas el jardín, en tanto nosotros hablamos de negocios?

MARÍA.- Claro, cielo. Joaquín. (*Sale*)

ANTONIO.- No hay otra como ella.

JOAQUÍN.- (*Que la ha seguido con la mirada*) Realmente no...

ANTONIO.- Bien, siéntate. Puedo tutearte, ¿no?

JOAQUÍN.- ¿Quiere jugar al tute conmigo?

ANTONIO.- Que si puedo tratarte de tu, hombre.

JOAQUÍN.- Faltaría más.

ANTONIO.- Bien, entonces tratemos el asunto que te trae aquí. Pero antes... ¡Renata!

JOAQUÍN.- ¿Necesita a la criada para hablar de negocios?

ANTONIO.- No, no es eso. Aunque si te soy franco, a veces la consulto, sobre todo si no estoy muy seguro de una operación. Tiene muy buen ojo para los negocios. Nunca falla. ¡Renata!

RENATA.- (*Entra*) Estoy vieja, pero mi oído está muy sano, no hace falta gritar.

ANTONIO.- Retira el servicio del te y sírvenos un brandy, anda.

RENATA.- Claro, señor, la ilusión de de mi vida siempre ha sido hacer de camarera...

*(Sale con la bandeja)*

JOAQUÍN.- Oiga, no es por meterme donde nadie me llama, pero... ¿no es en ocasiones un poco insolente la criada?

ANTONIO.- ¿Renata? Lleva más tiempo ella aquí que la propia casa. Ya es una más de la familia, y a decir verdad, puede afirmarse que es la que más manda. Ya te digo que hasta la consulto para ciertos negocios. Pero es difícil encontrar buenos empleados, ¿verdad?

JOAQUÍN.- Si algún día tengo uno, ya se lo diré.

ANTONIO.- ¿No tienes empleados?

JOAQUÍN.- No gano ni para mi, como para pagarle a nadie. En realidad, ese es el motivo de mi visita.

ANTONIO.- Ya, ya sé que es cuestión de dinero. Mi esposa estaba al tanto. A todo esto, ¿quién se lo habrá dicho a ella?

JOAQUÍN.- *(Que se ve de pronto pillado)* Eh... Pues no sé, en la tienda igual, como Pilar es tan cotilla...

ANTONIO.- Renata es quien va a la tienda.

JOAQUÍN.- *(Suda)* Cualquier otro, como lo sabe todo el mundo...

ANTONIO.- Bueno, seguro que lo ha oído en la iglesia, cuando va a confesarse. Últimamente va mucho a confesarse. No sé de qué tendrá que arrepentirse tanto...

RENATA.- *(Entra con la bandeja, el brandy y dos copas, y lo posa en la mesa)* Y ahora, ¿qué? ¿Abro una botella de vino y sirvo unos chatos para las señoras? Pero le advierto que con la artrosis no giro bien la muñeca, no sé si podré.

ANTONIO.- Renata... *(RENATA se va rezongando, como siempre. Joaquín, echa una copa bien llena y la bebe de un trago)* Vaya, había sed, ¿eh?

JOAQUÍN.- Un poco seca la boca sí la tenía, sí...

ANTONIO.- Este brandy me lo envían directamente de la bodega unos amigos de Cádiz. Vale seis mil pesetas.

JOAQUÍN.- ¿La bodega? No será muy grande entonces. *(JOAQUÍN se sirve otra copa)*

ANTONIO.- ¿La bodega? Seis mil pesetas las vale cada botella. *(JOAQUÍN corta en seco de echar)*

JOAQUÍN.- Pe... perdón, no sabía... *(Vuelve a echar el líquido de la copa en la botella)*

ANTONIO.- ¿Qué haces?

JOAQUÍN.- Hombre, a seis mil pesetas...

ANTONIO.- (*Vuelve a servirle, y sirve para sí. Toma el brandy como debe ser, calentando la copa, agitándolo...*) Vamos, vamos. Si no podemos disfrutar de estos pequeños caprichos de la vida, ¿de qué vamos a disfrutar?

JOAQUÍN.- ¿Pequeños caprichos? Si seis mil pesetas es más de lo que gana un jornalero al mes.

ANTONIO.- Minucias. En fin, hablábamos...

JOAQUÍN.- ¡De negocios!

ANTONIO.- Ah, sí. Bien. Dime.

JOAQUÍN.- Verá. No sé muy bien por donde comenzar. ¿Usted cree en el mal de ojo?

ANTONIO.- Alguna vez me ha salido un orzuelo.

JOAQUÍN.- Le juro que parece que me persigue la mala suerte. Yo puse un negocio modestillo hace un año, que daba para vivir. Sin altares, pero bien. Para arrancar, le había pedido a Don Anselmo treinta mil pesetas prestadas. Caramba, ahora que lo pienso, con eso no tendría ni para una caja de seis botellas de este brandy.

ANTONIO.- ¿Don Anselmo? ¿Y como no acudiste a mi en un principio?

JOAQUÍN.- Bueno, la verdad... Tenía mis motivos. No era por despreciarlo, pero me hablaron bien de Don Anselmo, y...

ANTONIO.- ¿Bien? Menudo elemento.

JOAQUÍN.- Eso lo sé ahora. Como es costumbre, me prestó les treinta mil pesetas a un interés no muy alto, y puse mi casa como aval, que es lo único que tenía.

ANTONIO.- No me digas más. Te pidió el dinero al poco tiempo. Es un canalla, siempre lo ha sido.

JOAQUÍN.- Pues, no. Me dijo que había vendido mi deuda a otra persona.

ANTONIO.- ¿Y cómo ha sido eso?

JOAQUÍN.- Alguien le ha pagado por mi deuda más de lo que yo debía.

ANTONIO.- (*Más interesado*) Vaya, esta si es buena. Me has picado la curiosidad. ¿Quién ha sido?

JOAQUÍN.- No lo sé. Una empresa, o una sociedad, o algo así. Me ha dicho su nombre, y sonaba como a algo de coger... No, de agarrar, se llamaba Agarra S.A.

ANTONIO.- Hum, que nombre tan raro.

JOAQUÍN.- Si, supongo que le va que ni pintado, porque debe de dedicarse a agarrar todo lo que puede, digo yo que por eso se llamará así.

ANTONIO.- ¿Y su dueño?

JOAQUÍN.- No sabría decirle. Se hizo todo a través de abogados.

ANTONIO.- Mala gente. Ya lo dice la maldición gitana, entre abogados te veas. Los míos son unas sanguijuelas. Pero, continúa.

JOAQUÍN.- El caso es que los abogados de esta empresa se pusieron en contacto conmigo y me dijeron que si no subíamos el tipo de interés, reclamarían la deuda, así que no tuve más remedio que decir que sí. Me metieron casi el doble de interés que Don Anselmo. Estos de Agarra me tenían bien agarrado.

ANTONIO.- ¡Qué gente hay en el mundo! Está lleno de buitres. Y claro, ahora no puedes pagar esos intereses, ¿verdad?

JOAQUÍN.- La verdad es que sí, sí podía. El negocio no va mal, pero ya le digo que me han echado mal de ojo. Nada más firmar el contrato con la subida de intereses, ni dos meses pasaron, y me reclamaron el pago total de la deuda.

ANTONIO.- No puede ser. ¿Y la palabra de esa gente?

JOAQUÍN.- Las palabras se las lleva el viento, Don Antonio. Lo firmado era lo que valía, y lo firmado era que podían reclamar la deuda cuando quisieran, y si no, perdía los avales.

ANTONIO.- La casa.

JOAQUÍN.- La casa y el negocio. Me obligaron a ponerlo también como aval.

ANTONIO.- Lo agarraron todo bien, y perdona por el chiste malo. Me dejaste de piedra.

JOAQUÍN.- Yo, la verdad, he agotado todas las posibilidades. De hecho, he ido al banco a hablar con Don Vidal.

ANTONIO.- Una bellísima persona, y gran amigo.

JOAQUÍN.- Si lo fue, en un principio. Vio las cuentas del negocio y las previsiones, y prometió prestarme dinero suficiente para cubrir la deuda y los intereses, hipotecando la casa.

ANTONIO.- ¡Espléndido! Ya te decía que Vidal es una bella persona. No todos los banqueros son iguales, te lo digo yo.

JOAQUÍN.- Pues no me lo diga, Don Antonio. Con todo casi hecho, el día que voy a firmar al notario, me dice el puñetero... Don Vidal, que la operación no puede hacerse, que tiene demasiado riesgo. Y eso, después de pagarle a un abogado que me había gestionado toda la operación, y que me había dejado sin blanca. El caso es que en dos días vence el plazo que me han dado para

devolver el dinero y los intereses, o si no, voy a perderlo todo. Estoy desesperado, Don Antonio. Y por eso acudo a usted.

ANTONIO.- La verdad es que tienes razón, realmente parece que alguien te ha puesto entre ceja y ceja. ¿Y de cuánto estamos hablando?

JOAQUÍN.- Mucho, Don Antonio, han tenido que gafarme mucho, porque me sale todo mal. Esto no lo arregla ni un ejército de brujas.

ANTONIO.- La deuda, Joaquín. ¿A cuánto asciende?

JOAQUÍN.- Ah, perdone. No estoy en lo que celebro. La deuda más los intereses suman... Sesenta mil pesetas.

ANTONIO.- ¿Sesenta mil? Pero si habías pedido prestadas treinta mil nada más.

JOAQUÍN.- Yo tampoco lo entiendo. Que si intereses, que si abogados, que si gastos. No entiendo bien los papeles, pero eso es lo que debo.

ANTONIO.- Uf. es una cantidad muy seria. Verdaderamente no sé si la casa y el negocio la cubrirán.

JOAQUÍN.- Ya lo sé. Pero tengo otra cosa que me gustaría que viera. (*Saca la placa del bolsillo, y se la da a ANTONIO*)

ANTONIO.- Vaya, es una pieza muy interesante. Y debe de tener mucho valor.

JOAQUÍN.- El valor es más sentimental que material. Es un recuerdo de familia. No vale las sesenta mil pesetas que debo aunque la empeñara, pero sí puedo ofrecérsela con la casa y el negocio como aval a usted.

ANTONIO.- ¿No dices que es un recuerdo de familia?

JOAQUÍN.- Mi madre siempre me decía: “Esto alguna vez puede que sea tu salvación”. Y puede estar seguro que en estos momentos necesito una salvación.

ANTONIO.- Bien... bien... (*Admira la pieza*) Preciosa. Sesenta mil pesetas, ¿eh?

JOAQUÍN.- Es mi última esperanza, Don Antonio. Si no es a usted, ya no tengo a quién acudir.

MARÍA.- (*Entra con CARMEN de la calle*) ¿Qué? ¿Cómo van esos negocios?

ANTONIO.- Joaquín me ha contado toda su historia... (*Medita. A CARMEN*) ¿Qué le han parecido nuestros jardines?

CARMEN.- Preciosos. ¡Tan bien cuidados! Los rosales son bellísimos.

MARÍA.- El jardinero es muy competente. No cuida las plantas, las mimas. Y además, esos rosales han venido de Turquía, los tulipanes de Holanda, las orquídeas son italianas...

CARMEN.- Tienen unas plantas muy viajeras. Yo nunca he salido de Asturias.

MARÍA.- Pues hay que conocer mundo, otras culturas... (*Con una mirada pícaro a JOAQUÍN*) Otras gentes...

JOAQUÍN.- (*Bebe el brandy azorado*) ¿Don Antonio...?

ANTONIO.- Escucha, Joaquín, vamos a pasear nosotros también por los jardines, para que los veas, y quiero que me hables sin dejar un detalle del negocio que tienes. (*A ellas*) ¿Os parece que os quedéis aquí hablando de vuestras cosas mientras nosotros salimos?

MARÍA.- Claro, mi vida. Dile a Renata que venga a retirar el brandy.

ANTONIO.- (*Coge su copa*) Toma la copa, Joaquín, disfrutaremos del brandy en el jardín. (*JOAQUÍN lo hace*) Por aquí. (*Salen*)

MARÍA.- Como son. Todo el santo día hablando de negocios y de dinero. No viven la vida.

CARMEN.- La verdad es que nosotros ahora mismo no podemos tener otra cosa en la cabeza.

MARÍA.- Es tan aburrido. Yo, sinceramente, hay algunas veces que estoy de mi marido hasta el moño. No entiende que una tiene sus necesidades. ¿No te parece?

CARMEN.- No sabría decirle...

MARÍA.- El dinero está bien, pero, ¿da el dinero la felicidad?

CARMEN.- No sé si la dará, pero el no tenerlo, la quita.

MARÍA.- No, Carmen, no. La felicidad la da el amor.

CARMEN.- Pero cuando el dinero sale de casa, el amor suele salir tras él.

MARÍA.- Será cosa de no dejar la puerta abierta para que salga. ¿Vosotros llevabais casados...?

CARMEN.- Unos seis años.

MARÍA.- ¡Seis años! Estáis comenzando como quien dice. En ese tiempo, aún dura la pasión. Pero nosotros, más de diez años casados... (*Sienta a CARMEN a su lado, con complicidad*) Ya sé que no nos conocemos mucho, pero... ¡Cuenta! ¿Todavía hay pasión entre vosotros?

CARMEN.- (*Avergonzada*) Caramba, pues...

MARÍA.- Vamos, estamos entre amigas, ¿no?

RENATA.- (*Entra en ese momento, y las ve*) ¿Las señoras querrán que les traiga unos camisones y unas almohadas para hacer una guerra con ellas?

MARÍA.- Mírala, esta sí que nunca ha tenido pasión en su vida.

RENATA.- (*Con sorna*) ¿Cómo dice eso la señora, con lo apasionada que es la vida aquí?

MARÍA.- Nunca has tenido novio, ¿verdad, Renata?

RENATA.- Ni perro, señora. Pero he tenido una vez piojos, si tan interesada está.

MARÍA.- Renata comenzó a servir con mi padre, y ya la ves, aquí sigue. Es fiel, y discreta, cualidades importantes en una persona de confianza.

RENATA.- Y bailo como nadie el chotis. No sé cómo no me llevan al Pardo a atender al caudillo. ¿Puedo retirar el brandy?

MARÍA.- ¿Y nadie te ha pretendido, Renata?

RENATA.- Señora, cuando tenga gana de contarle mi vida a alguien, se la voy a contar al cura al confesionario. (*Con indirecta*) Usted debería de saber lo bien que sienta, con la de veces que va por allí.

MARÍA.- No seas maliciosa, Renata, que tenemos invitados.

RENATA.- Ah, claro, pero si necesitaban un payaso para entretenerlos, bien habrían podido contratar uno de esos de los de las narices rojas, y conste que no hablo del señor cuando le da a la botella.

MARÍA.- Anda, retira el brandy, y trae el jerez para invitar a Carmen.

RENATA.- Faltaría más. Si no tengo más que hacer en esta casa que hacer de camarera. (*Se va con la bandeja*) Brandy, jerez... A ver cuando les da por tomar matarratas. (*Sale*)

CARMEN.- Hay que reconocer que directa es. ¿A ustedes no les importa que les hable de esa forma?

MARÍA.- Ya estamos acostumbrados. Le tengo aprecio, ya te digo que lleva en esta casa desde antes de nacer yo. Y Antonio también la quiere mucho. No sabríamos estar sin ella. Mira que hasta Antonio la suele consultar cuando hace algunas operaciones con sus empresas. Pero, a lo que estábamos.

CARMEN.- Verá, es que estoy un poco violenta con el tema, ¿sabe? No suelo hablar de cosas íntimas con nadie.

MARÍA.- Claro, lleváis tan poco tiempo... Pero Joaquín tiene aspecto de ser un buen hombre. ¿Y qué tal amante es?

CARMEN.- Señora, por Dios...

RENATA.- (*Entra con la bandeja con jerez y dos copas, y lo pone sobre la mesa*) A ver si de esta ya está todo, que por hoy de paseos voy bien.

MARÍA.- Renata, con lo bien que van para las varices.

RENATA.- No sabe lo que me alegra que la señora mire tanto por mi salud. Si quiere, ahora doy corriendo un par de vueltas a la casa, para no perder la forma.

MARÍA.- Con que no pierdas el humor nos damos por contentos, Renata.

RENATA.- ¿Algo más? ¿O puedo ya sentarme siquiera cinco minutos sin que a los señores les de un vahído?

CARMEN.- ¿Puede mirar a ver si el señor y mi marido han terminado en el jardín?

RENATA.- Poder si puedo. ¿Puedo tener en cuenta si me apetece?

MARÍA.- Hazle caso a la señora, Renata. La pobre debe de estar preocupada por su marido.

CARMEN.- (*Para sí*) Más bien por no quedarme sola aquí.

RENATA.- Que pronto baja una de categoría. De camarera a recadera. (*Sale rezongando*)

MARÍA.- ¿Una copita de jerez?

CARMEN.- Por favor. (*MARÍA sirve para las dos y CARMEN bebe*)

MARÍA.- Esta rico, ¿verdad? Yo no soy nada si por la mañana no tomo una copita antes del desayuno, y por la tarde no la tomo después del te. Pero, estabas a punto de responderme a una pregunta.

CARMEN.- (*Nerviosa*) No sé, no me acuerdo...

MARÍA.- (*Sonriendo*) Si estas cosas son de lo más normal, Carmen. Mira, yo con el mío, nada de nada.

CARMEN.- No tiene por qué...

MARÍA.- No me importa, mujer. A mi marido me lo endilgó mi padre, y aún no sé por qué. Mira que tenía buenos pretendientes, y de muy buena posición. Hasta un marqués vino a pretenderme. ¿Te imaginas? Habría podido ser marquesa. Pero uno a uno los iba despachando mi padre. A todos les encontraba tachas: Este es alto, este es bajo, este es viejo...

CARMEN.- Mira, exactamente cómo cuando mi padre va a comprar terneros al mercado.

MARÍA.- Y un buen día, aparece éste, que no tenía donde caer muerto, le entró por el ojo derecho, y en menos de tres meses ya estaba apalabrada la boda.

CARMEN.- Bueno, las bodas se apalabran muchas veces. La mía, sin ir más lejos, también fue un acuerdo entre los padres. Buenos quebraderos de cabeza que hubo a cuenta la dote.

MARÍA.- Sí, pero es que aquí no hubo padres, ni nada. Antonio es huérfano, y no te voy a decir que vino con una mano delante y otra detrás, porque por lo menos pantalones si traía. Es el día de hoy que aún no sé qué narices vio mi padre en él. Aunque tengo que reconocerle que es un hacha para los



negocios. Si ya teníamos dinero, desde que él lleva los negocios, somos todavía más ricos .

ANTONIO.- (*Entra con JOAQUÍN cuando estaba acabando de hablar MARÍA*) Esta es buena. Las mujeres hablando de negocios y de dinero. Ay, Joaquín, ya verás: Cualquier día tendremos mujeres empresarias, y si me apuras, hasta ministras.

MARÍA.- En realidad no hablábamos de dinero, sino de hombres. ¿No es así, Carmen?

CARMEN.- Más o menos...

ANTONIO.- Nos ha dicho Renata que viniésemos para acá, no con esas palabras, pero bueno, entre algunos insultos y muchos tacos, la hemos entendido.

MARÍA.- ¿Y qué? ¿Qué hay de lo vuestro?

ANTONIO.- El caso es que Joaquín ha estado hablándome del negocio que tiene entre manos, y la verdad es que es muy interesante. Hay muchas posibilidades de hacer dinero con él. No entiendo cómo le cuesta tanto lograr financiación.

JOAQUÍN.- Si no me dan dinero, Don Antonio, ¿con qué voy a comprar la financiación esa?

MARÍA.- Lo mejor será entonces que os dejemos acabar de tratar los negocios, y nosotras nos vayamos.

CARMEN.- Caray, ¿molestamos?

JOAQUÍN.- Carmen, querida, déjanos a solas hasta hablar estas cosas delicadas.

ANTONIO.- ¿Acaso la está tratando mal mi esposa?

CARMEN.- No, no, al contrario.

MARÍA.- Por nada del mundo trataría yo mal a nadie de esta familia. Tengo puestos todos los sentidos en ella (*Mirando sugerente a JOAQUÍN, que enseguida se pone nervioso y mira para otro lado*).

ANTONIO.- No esperaba menos. Mira, nosotros vamos acabar muy pronto, puedes aprovechar para mostrarle la colección de porcelanas que tienes. (*A JOAQUÍN*) Me arruina con ella.

MARÍA.- Anda, mejor será que colecciona porcelanas, y no armas como tu. ¿Vamos, Carmen? (*Salen*)

JOAQUÍN.- ¿Colecciona armas?

ANTONIO.- Son mi pasión. Tengo unas cuantas, algunas muy famosas. Pero, vamos a lo que estábamos, que es lo importante. Siéntate, Joaquín, que es el momento de ponernos serios.

JOAQUÍN.- (*Sentándose, como ANTONIO*) Ay, no, por Dios. Mire, Don Antonio, si no me va ayudar, suéltelo ya, pero no le dé muchas vueltas, porque no me sostengo en pie.

ANTONIO.- Ya lo veo. Estás muy nervioso desde que has llegado. Y mucho más cuando están las señoras delante. ¿Y eso?

JOAQUÍN.- Pa... para no preocupar a Carmen. Intento tenerla lo menos enterada posible. Es suficiente con que sufra yo.

ANTONIO.- Pues, Joaquín, escucha bien, que puede que esos problemas se acaben hoy mismo.

JOAQUÍN.- (*Ilusionado*) Soy todo orejas, Don Antonio.

ANTONIO.- No me ganas a mi, ni a narices, pero bueno, escucha. El negocio ese del que me hablas me parece bastante interesante. Es más, me parece muy interesante. Bien es verdad que debes mucho dinero, pero veo que se puede salir bien del asunto, así que te voy hacer una proposición. Olvídate de la deuda. Esa va correr de mi cuenta. Pero a cambio, quiero entrar en el negocio.

JOAQUÍN.- Es... ¿Está hablándome de asociarnos? ¿Usted y yo?

ANTONIO.- Tu y yo, de igual a igual. Yo pongo el dinero, lo que debes ahora, y lo que haga falta a partir de este momento, y tu pones el trabajo, y de los beneficios yo llevo... ¿Te parece bien un cuarenta por ciento?

JOAQUÍN.- Pe... perdone, Don Antonio. Yo soy un pobre diablo de pueblo, y a lo mejor no lo he entendido bien. ¿Usted quiere asociarse con un infeliz como yo, poner todo el dinero que haga falta, y que le de solamente cuarenta pesetas de cada cien ganadas?

ANTONIO.- Lo has entendido perfectamente. ¿Te parece bien el trato?

JOAQUÍN.- (*Eufórico*) ¿Bien? ¿Bien? (*De rodillas frente a él*) ¡Es usted mi padre! ¡Qué digo mi padre! ¡Es un ángel!

ANTONIO.- Venga, venga, ¿no hemos acordado que somos socios? Arriba y de igual a igual. (*JOAQUÍN se levanta*) Naturalmente, habrá que hacer un documento legal, pero, ¿te parece que sellemos el trato con un apretón de manos?

JOAQUÍN.- (*Estrechándole la mano*) No se va a arrepentir, Don Antonio. Esto va a salir adelante. Como que me llamo Joaquín que sale adelante. Y usted va a recuperar hasta la última peseta que ponga.

ANTONIO.- Y así podrás conservar el recuerdo de familia.

JOAQUÍN.- (*Lo saca del bolsillo de la chaqueta y lo mira*) Le juro que me dolía en el alma deshacerme de él. Lleva más de cincuenta años en mi familia. ¿Sabe? Se lo ganó mi bisabuelo en una partida de cartas a las siete y media al cacique del pueblo... Perdona, Don Antonio, no quise decir...

ANTONIO.- Vamos, Joaquín, nosotros no somos ningunos caciques. Tenemos un poco más de dinero que los demás, y punto. ¿Y cómo pudo tu bisabuelo igualar la apuesta?

JOAQUÍN.- Apostó la casa. La casa contra esta placa.

ANTONIO.- Llevaba entonces una buena mano.

JOAQUÍN.- Para la brisca, sí. Llevaba el as, el tres y el rey de copas.

ANTONIO.- ¿Cuatro y media? ¿Apostó la casa con cuatro y media?

JOAQUÍN.- Ya ve. Tenía destapado el rey, y dos cartas boca abajo, y el cacique debió pensar que llevaba una jugada alta, y acabó pasándose. Cuando vio lo que llevaba mi bisabuelo pilló tal cabreo, que a partir de entonces, todos los días a las cuatro y media, se daba cabezazos contra la pared. Ya ve, por esta placa casi nos quedamos sin la casa. Y a ella he recurrido otra vez para no perder ahora la mía.

ANTONIO.- Pues guárdala, y ya le llegará el momento. ¿Qué te decía tu madre?

JOAQUÍN.- Que esto alguna vez podría ser mi salvación. (*La guarda*)

ANTONIO.- No será esta vez. Bueno, yo creo que habríamos de celebrar esto, ¿no? ¿Champán, tal vez?

JOAQUÍN.- No es por no querer celebrarlo, pero, ¿le parece buena idea llamar a la criada para pedirle más nada?

ANTONIO.- (*Ríe*) Da un poco de miedo a veces, ¿eh? No te apures. ¡Renata, Renata! Siéntate, siéntate. (*Se sientan*) Intuyo que de aquí va a salir una relación duradera. ¡Qué cosas! ¿Se te había ocurrido pensar que alguna vez ibas a tener relación con alguien de esta casa?

JOAQUÍN.- ¿Eh? Ho... hombre, claro que no. Un pobre hombre como yo...

ANTONIO.- Nosotros en realidad somos gente llana. Tenemos las mismas necesidades que los demás.

JOAQUÍN.- Pero ustedes pueden pagarlas.

ANTONIO.- Hay cosas que no las puede pagar el dinero, Joaquín.

RENATA.- (*Entra*) Ya echaba de menos que me llamara el señor. Como ya llevaba cinco minutos sentada estaba Tremendamente aburrida... Otro minuto más, y vengo sin que me llamen aunque fuese a limpiar el polvo.

ANTONIO.- Renata, tenemos algo que celebrar.

RENATA.- ¿Va el señor a llevarme a bailar? Tengo entonces que ir a la peluquería a ver si todavía puedo poner unos tirabuzones por las orejas. Pero... El señor no pretenderá nada cuando me traiga de vuelta a casa, espero.

JOAQUÍN.- (*Para sí*) Dios, no sé si podré quitar esa imagen de la cabeza...

ANTONIO.- Trae una botella de champán y unas copas, anda.

RENATA.- ¡Champán! ¿Ya ha llegado la Nochebuena? ¿Saco la zambomba?

ANTONIO.- Joaquín y yo acabamos de hacer un buen negocio.

RENATA.- Pues champán para los señores. Faltaría más. Brandy, jerez, champán... Agua no beberán, no, pero de lo demás... (*Sale*)

JOAQUÍN.- Tal vez debiéramos de llamar a las señoras, para que se unan a la celebración.

ANTONIO.- Sí, sí, después. Pero antes quisiera hablar contigo de otro tema, que me tiene un poco preocupado.

JOAQUÍN.- Por el negocio no se preocupe, Don Antonio. Le juro por lo más sagrado que dejaré la piel en él.

ANTONIO.- ¿El negocio? No, hombre, no. Sé que va a ir bien. No, no, es otro tema un poco más... personal. (*Entra RENATA con la bandeja con champán, y unas copas*) Renata, ¿nos traes el champán?

RENATA.- No, señor, es que yo tengo la costumbre de andar por casa con una bandeja con champán y unas copas, y se ha dado la casual circunstancia de que pasaba por aquí.

ANTONIO.- Pues ya que estás, puedes dejárnoslo.

RENATA.- (*Lo deja*) Descorcharía la botella, pero seguro que con el corcho iba a saltar también un dedo, así que si el señor no tiene miedo de romper una uña, igual lo puede hacer él.

ANTONIO.- Yo me encargo, Renata, gracias.

RENATA.- ¿Y ahora? ¿Voy preparando alguna otra cosa, para ganar tiempo, o ya están servidos de una vez?

ANTONIO.- Nada más, Renata. Gracias. (*Se va RENATA refunfuñando. ANTONIO toma la botella. A JOAQUÍN*) Moët Chandon.

JOAQUÍN.- Disculpe, pero yo no hablo más que el español, y mal.

ANTONIO.- Digo que esta botella es de Moët Chandon.

JOAQUÍN.- Ah, ¿y no le importa que se la bebamos?

ANTONIO.- Es francés. Importado. La “crème” de la “crème”. El precio de esta botella es pecado. Pero hoy la ocasión lo merece. (*Abre la botella y sirve unas copas. Le da una a JOAQUÍN*) Brindemos por el éxito de nuestra unión. (*Brindan y beben*) Exquisito, ¿no te parece?

JOAQUÍN.- Yo, donde esté el Gaitero... (*N.A. Marca de sidra achampanada muy famosa en Asturias, de precio bajo*)

ANTONIO.- Bueno, te estaba hablando de una cosa que me preocupaba antes de que viniese Renata.

JOAQUÍN.- Si puedo ayudar...

ANTONIO.- Sí que puedes. De hecho, me da la impresión de que puedes hacer mucho.

JOAQUÍN.- Pues pida por esa boca, que después de lo que acaba de hacer por mi, estoy dispuesto a lo que sea.

ANTONIO.- No voy a andarme con rodeos. Mi esposa me engaña. (*JOAQUÍN, que bebía en ese momento, se atraganta*) ¿Qué te pasa?

JOAQUÍN.- Tanta burbuja... ha pasado por donde no era...

ANTONIO.- Sí, Joaquín, mi esposa me pone los cuernos.

JOAQUÍN.- Pero... ¿Cómo dice eso, Don Antonio? ¿Usted está seguro?

ANTONIO.- Sin ninguna duda. Hay cosas que se ven, Joaquín. (*Mirándolo fijamente*) Hay cosas que se ven en la cara de las personas.

JOAQUÍN.- (*Se levanta y le da la espalda, muy nervioso*) ¡Tiene unas cosas! ¿Cómo lo va a engañar, hombre?

ANTONIO.- Estoy seguro, Joaquín, al cien por cien. Incluso hoy he notado que ya no tiene puesto el anillo de pedida, a pesar del cariño que sabe que le tengo.

JOAQUÍN.- Igual le han hinchado los dedos...

ANTONIO.- No, Joaquín, seguro que se lo ha quitado para fastidiarme. O a lo mejor, igual hasta lo ha perdido en una cita. Y aquí es donde entras tu.

JOAQUÍN.- (*Aterrado*) ¿Yo? No, hombre, no. ¿Cómo puede pensar que yo...?

ANTONIO.- Sí, tu, Joaquín. Solo en ti puedo confiar ahora.

JOAQUÍN.- ¿Cómo va a desconfiar de mi? Si yo... Ah, confiar... ¿Qué?

ANTONIO.- Siéntate y escúchame, por favor. (*JOAQUÍN se sienta, aún nervioso*) Sé que me engaña. Pero ni sé con quién, ni tengo prueba ninguna. A decir verdad, tengo ahora la impresión de que me ha estado engañando prácticamente desde que nos casamos.

JOAQUÍN.- ¿Cómo que desde que se casaron?

ANTONIO.- En confianza, Joaquín. Este siempre ha sido un matrimonio de conveniencia, ajustado. No se puede decir que hayamos hecho mucha vida de casados.

JOAQUÍN.- No tiene por qué...

ANTONIO.- Sí, sí tengo. Los dos hemos llevado cada uno su vida, sin molestar en exceso al otro. Pero, por lo que veo, ella no ha tenido suficiente con la libertad, y ha comenzado a buscar... otras diversiones.

JOAQUÍN.- No sé si lo sigo...

ANTONIO.- Puedo pasar casi por cualquier cosa, pero lo que no voy a pasar es por ser un cornudo, o que la gente murmure. Ahora, con la ley del adulterio recién aprobada, tengo la posibilidad de acabar con todo esto, pero necesito pruebas, y con eso tu puedes ayudarme.

JOAQUÍN.- No veo cómo, don Antonio, yo de leyes....

ANTONIO.- Ayer, cuando mi esposa me habló de ti, para el tema del dinero, le noté... algo.

JOAQUÍN.- (*Con el pañuelo, sudando en frío*) ¿El... el qué le notó?

ANTONIO.- Son pequeñas cosas. La manera de hablar de ti, el brillo en sus ojos...

JOAQUÍN.- (*Echa y bebe más champán*) No, hombre, no... No... ¿No hace mucho calor?

ANTONIO.- Y luego hoy también lo he notado.

JOAQUÍN.- Oiga, no creo que yo haya hecho nada que...

ANTONIO.- ¿Tu? No, Joaquín, se lo he notado a ella. Estoy completamente seguro de que mi esposa tiene puestos los ojos en ti.

JOAQUÍN.- Don Antonio, ¿a quién se le ocurre? Un desgraciado como yo... (*Mete el pañuelo en un bolsillo lateral de la chaqueta*)

ANTONIO.- Lo veo, Joaquín. Mi esposa es muy caprichosa. Lo mismo mira para un noble que para un pordiosero.

JOAQUÍN.- Oiga, tampoco hay que faltar.

ANTONIO.- Quiero decir que no hace distinciones. Y su objetivo ahora mismo eres tu.

JOAQUÍN.- (*Cruza los dedos por detrás*) Le juro que no sé nada del tema, ni he visto nada de nada.

ANTONIO.- Ya lo sé, Joaquín. Tu eres un buen hombre. Pero puedes ayudarme a probar que mi esposa me engaña.

JOAQUÍN.- De verdad que no veo como...

ANTONIO.- Sencillo. Quiero que la seduzcas.

JOAQUÍN.- (*Patidifuso*) ¿Qué? (*Saca el pañuelo del bolsillo de la chaqueta, y al sacarlo, cae algo al suelo*)

ANTONIO.- Me parece que se te ha caído algo.

JOAQUÍN.- No sé... (*Mira al suelo, y de pronto ve algo*) ¡Dios, el anillo! (*Lo pisa, muy nervioso*)

ANTONIO.- ¿Qué era?

JOAQUÍN.- Nada, no se me ha caído nada. Si no tenía nada en el bolsillo...

ANTONIO.- Pues juraría... Bueno, a lo que estábamos. Sedúcela, Joaquín, enamórala aquí mismo. Estoy seguro de que sucumbirá, y así tendré pruebas y podré acusarla de adulterio.

JOAQUÍN.- Pero, ¿cómo voy a seducirla, don Antonio?

ANTONIO.- Si te viene de familia, Joaquín, vas a tenerlo muy fácil. De hecho tu bisabuelo cameló a uno con cuatro y media...

JOAQUÍN.- Yo a lea cartas como no sea al número mayor...

ANTONIO.- Es un favor que te pido, Joaquín. Favor por favor. Yo te he echado una mano a ti, y ahora lo único que te pido es que tu me la eches tu a min. Ven, siéntate conmigo y vamos a hablarlo.

JOAQUÍN.- (*Sin moverse desde que ha pisado el anillo*) Estoy... Estoy mejor de pie.

ANTONIO.- No te alteres, Joaquín. Si no quieres sentarte, vamos a salir un poco, para que tomes el aire, porque estás sudando a mares. (*ANTONIO va hacia la calle. JOAQUÍN ni se mueve*) ¿Vamos?

JOAQUÍN.- Aquí estamos bien, Don Antonio. Por si cojo frío, que con este acaloramiento...

ANTONIO.- ¿Estás bien, Joaquín?

JOAQUÍN.- Un poquillo alterado estoy, no lo voy a negar.

ANTONIO.- Entiendo que es una cosa delicada lo que te pido, pero no sé si no a quién recurrir.

JOAQUÍN.- Pue... ¿puede servirme un poco más de champán?

ANTONIO.- Tu mismo, Joaquín. Estás en tu casa.

JOAQUÍN.- ¡No! No, que yo no entiendo de eso y tal vez lo estropee. Usted seguro que tiene más maña para servirlo.

ANTONIO.- Como quieras. (*ANTONIO va a servirlo, y JOAQUÍN aprovecha ese momento para agacharse a coger el anillo. No sabe qué hacer con él. Cuando ANTONIO se vuelve con la copa, rápidamente JOAQUÍN lo mete en su boca*) ¿Qué comes?

JOAQUÍN.- (*Farfulla un poco con el anillo en la boca*) Yo, na...nada...

ANTONIO.- Tienes algo en la boca.

JOAQUÍN.- Un... trozo de pasta que me ha quedado entre dos dientes. (*Traga con dificultad*) Hala, arreglado. (*Tose*) Ha pasado por mal camino...

ANTONIO.- Toma, bebe. (*Le da el champán y JOAQUÍN lo apura*) Le has tomado gusto al Möet Chandon, ¿eh?

JOAQUÍN.- Puede estar usted seguro que en mi vida he tomado un trago tan caro como el que acabo de tomar.

ANTONIO.- Bueno, Joaquín, a lo nuestro. ¿Me vas a ayudar?

JOAQUÍN.- Si no va salir bien, hombre. Aquí en casa...

ANTONIO.- Seguro que no es la primera vez que los trae a casa. Estoy seguro que aquí mismo, en esta sala, ya ha besado a alguien.

JOAQUÍN.- Tiene unas cosas... Aquí, que la puede ver cualquiera...

ANTONIO.- Tienes que ayudarme, Joaquín. Te lo pido por favor. Quiero que la seduzcas, y yo estaré mirando, y así tendré las pruebas. No puedes fallarme después de lo que acabo de hacer por ti.

JOAQUÍN.- Es que está por ahí mi esposa. ¿Y si ella me ve?

ANTONIO.- No te apures, ya le encargo a Renata que la tenga entretenida. (*Con los brazos en los hombros de JOAQUÍN*) Joaquín, cuento contigo. No me falles. Voy a ir a buscarla, y hacerla venir acá con alguna disculpa. Luego vigilaré desde allí. No me falles. (*Se va*)

JOAQUÍN.- (*Nervioso, vuelve a servirse champán y a beber*) Si ya sabía yo que todo esto no podía ser tan bonito. Dios, ¿qué hago ahora? (*Bebe más*) Y no quiero pensar en lo que va a doler cuando el anillo vuelva a aparecer... No veo la gracia de eso que ponen en las novelas de meter los anillos en copas de champán. (*Bebe*)

RENATA.- (*Entra en la sala*) Si el señor prefiere que le traiga un embudo para beber más rápido...

JOAQUÍN.- Dis... disculpe, pero es que tengo un sofocón...

RENATA.- Probablemente sea por beber champán. Aunque el sofocón seguro que se lo llevaba si supiese cuánto vale esa botella.

JOAQUÍN.- Oiga, perdone, a mi me ha invitado el señor. Pensé que...

RENATA.- También lo ha invitado a venir a esta casa, y espero que no se quede a dormir. En fin. El señor me ha ordenado buscar a su señora. ¿Sabe donde está?



JOAQUÍN.- Creo que con la señora de la casa.

RENATA.- Voy a buscarla. Sea tan amable de respirar entre copa y copa. (*Se va*)

JOAQUÍN.- No, y que encima me controle lo que bebo la criada... (*Pasea por la escena, bebiendo y tosiendo a ratos*) Para mi que se ha quedado atascado...

MARÍA.- (*Entra*) Vaya, son todo buenas noticias.

JOAQUÍN.- ¿Buenas noticias? Si yo te contara...

MARÍA.- Antonio tiene que salir a ver a sus abogados para hacer el contrato de vuestra sociedad, y Renata va a enseñarle a tu esposa la capilla de la casa. (*Se arrima sugerente*) Estamos solos.

JOAQUÍN.- (*Que escapa de ella como del lobo*) Bueno, solos, lo que se dice solos...

MARÍA.- Completamente. No hay nadie en la casa. (*Empieza una especie de persecución alrededor de la mesa, mientras dura el diálogo*) Estas muy alterado...

JOAQUÍN.- Es que todo esto del dinero...

MARÍA.- Eso ya está solucionado, ¿no? Ayer ya me he encargado yo de convencerlo.

JOAQUÍN.- Bueno, pero hasta que no se ve hecho...

MARÍA.- Deberíamos de celebrarlo.

JOAQUÍN.- Tienes ahí champán.

MARÍA.- Yo prefiero más otra cosa.

JOAQUÍN.- Bueno, pero antes champán. Échame también a mi otro poco. (*Mientras MARÍA sirve las dos copes, ANTONIO se asoma un poco por un lado, y apura a JOAQUÍN*)

MARÍA.- (*Con las copas*) Habrá que brindar. (*Le da una*) ¿Por nosotros?

JOAQUÍN.- Por Santa Rita, patrona de los casos imposibles.

MARÍA.- (*Posa la copa y se arrima*) Y ahora...

JOAQUÍN.- Espera, María, déjame decirte algo. (*Mira mucho hacia donde está ANTONIO*) Algunas veces, cuando uno está solo, parece que no está tan solo como lo parece.

MARÍA.- ¿Eso es un trabalenguas?

JOAQUÍN.- Quiero decir... Tu a veces cuando estás sola, ¿no te parece que realmente estás acompañada?

MARÍA.- Tu estás siempre conmigo, aquí. (*En su corazón*)

JOAQUÍN.- Que... (*Disimula mirando hacia ANTONIO*) ¿Que te duele ahí? Pues igual hay que ir al médico.

MARÍA.- Lo que tengo aquí no me lo cura un médico. (**Intenta acercarse**) ¿Y tu? ¿Tu que tienes aquí? (**En su corazón**)

JOAQUÍN.- (**Saca la placa**) La placa de la familia. Ya me lo dijo mi madre, que esto alguna vez pudiese ser mi salvación.

MARÍA.- ¡Qué tonto! ¿Y debajo de ella?

JOAQUÍN.- No juegues y escucha. Lo que quiero decirte es que a veces pensamos que estamos solos y no lo estamos (**Hace gestos hacia donde está ANTONIO**).

MARÍA.- ¿Qué te pasa?

JOAQUÍN.- Ay, me va a dar un patatús en cualquier momento. (**Bebe champán**) Está bueno el moscardón este, ¿eh?

MARÍA.- Estás muy raro, ¿qué te pasa?

JOAQUÍN.- Me pones nervioso.

MARÍA.- Eso no te importa otras veces.

JOAQUÍN.- (**Apurado**) Bueno, bueno, ¿cómo iba a importarme otras veces, si es la "primera" vez que nos vemos?

MARÍA.- Pues ven acá, que te voy a calmar yo. (**Va hacia él, decidida**)

JOAQUÍN.- (**Desesperado, va hacia ANTONIO**) ¡Don Antonio! Entonces, ¿no iba a ver a los abogados?

ANTONIO.- (**Entra**) ¿Qué haces? La tenías a punto de caramelo.

JOAQUÍN.- Pe... perdón, me ha parecido que entraba y yo, para disimular... ¡Qué patoso soy!

MARÍA.- Hola, cielo, ¿has hablado ya con los abogados?

ANTONIO.- Sí, ha sido rápido. ¿Qué hacíais?

MARÍA.- Hablábamos de tonterías, para hacer tiempo. ¿No es así, Joaquín?

JOAQUÍN.- De bobadas, eso mismo.

ANTONIO.- ¿Y Carmen?

MARÍA.- Para algo la buscaba Renata.

ANTONIO.- Voy a buscarla, vosotros esperadme aquí mientras.

JOAQUÍN.- No, ya voy yo, no se moleste.

ANTONIO.- (**A JOAQUÍN aparte**) ¿Tu estás tonto? ¿Quieres quedarte aquí y hacer lo que hemos hablado?

JOAQUÍN.- Tengo que salir, Don Antonio, que estoy muy agitado, y así no puedo, ahora vengo. (**Sale. Una pequeña pausa**)

ANTONIO.- Así que tonterías, ¿eh?

MARÍA.- Bueno, ya sabes que con esta gente de pueblo de poco más se puede hablar. A ellos los sacas del ganado y la tierra, y ya no hay más tema de conversación.

ANTONIO.- ¿Y estabas hablando de ganado? ¿Qué sabes tu de eso?

MARÍA.- Bueno, terneros todo el mundo los ha visto alguna vez.

ANTONIO.- ¿Y hablabais de alguna parte del ternero en concreto? ¿De los cuernos, tal vez?

MARÍA.- Los terneros casi no tienen cuernos. Les van creciendo con el tiempo.

ANTONIO.- Suele ser cuestión de tiempo, sí.

JOAQUÍN.- (*Entra con CARMEN*) Ya la he encontrado. Estaba con Renata en la capilla, hablando de santos.

CARMEN.- Bueno, en realidad hablaba ella sola, y más bien estaba mentándolos que hablando de ellos.

MARÍA.- Nosotros en cambio, estábamos aquí hablando de terneros.

ANTONIO.- De cuernos, más concretamente.

JOAQUÍN.- ¡Vaya por Dios! Este hombre no descansa. Esto... Entonces nosotros casi mejor nos vamos, que no queremos molestar...

ANTONIO.- ¿Irse? No, hombre, no, que aún tienen que venir mis abogados con el contrato.

JOAQUÍN.- Es que ya los hemos molestado mucho, y tampoco...

ANTONIO.- Vamos, vamos, sentaos, y hablemos tranquilamente mientras llegan esos chupatintas. No tardarán. Así, además, podrás ilustrarnos un poco más en el asunto de los cuernos, porque tu tienes que saber mucho de eso, ¿no?

JOAQUÍN.- En fin, yo... No somos mucho de ganado en casa.

ANTONIO.- (*A MARÍA*) ¿No me decías que habíais hablado de ganado antes?

MARÍA.- Hemos hablado del ganado de su padre.

ANTONIO.- (*A CARMEN*) Es un tema apasionante el de los cuernos, ¿no le parece?

CARMEN.- Como le ha dicho Joaquín, no somos mucho de ganado.

MARÍA.- (*Acudiendo al rescate*) Carmen ha quedado admirada con la colección de porcelanas que poseo.

JOAQUÍN.- Sí, es espectacular.

ANTONIO.- ¿La conoces?

JOAQUÍN.- Esto... No. Me lo ha dicho mi esposa.

CARMEN.- Yo no te he dicho nada.

JOAQUÍN.- O la criada, ahora no me acuerdo... Usted coleccionaba armas, ¿verdad, Don Antonio?

ANTONIO.- Es mi pasión. Todos tenemos que tener alguna (*Con miradas a MARÍA y JOAQUÍN*). Tengo desde espadas, puñales y lanzas a armas de fuego. Algunas son muy antiguas, de mucho valor.

JOAQUÍN.- Debe de gastar mucho en ellas.

ANTONIO.- No te creas, muchas son regalos de gente con la que tengo negocios. ¿Te gustaría verlas?

JOAQUÍN.- No quiero molestar...

ANTONIO.- No es molestia. Así hablaremos de nuestras cosas. (*Se levantan*) Señoras. (*Salen*)

CARMEN.- Realmente las porcelanas son magníficas.

MARÍA.- Algunas me ha costado mucho lograrlas, son muy raras.

CARMEN.- Y serán muy caras, supongo.

MARÍA.- El dinero no es problema. Sobra con qué pagarlas. El problema es que en ocasiones aparece alguna pieza que su dueño no quiere vender, o que es difícil de encontrar... Pero yo soy muy caprichosa. Si algo se me antoja, no me detengo hasta lograrlo. Y al final, siempre lo consigo.

CARMEN.- Tiene que estar contenta entonces, si logra todo lo que quiere.

MARÍA.- No sé que te diga. La verdad es que una vez que lo logro, pierde todo el encanto. La porcelana acaba en la estantería, y pocas veces me acuerdo de ella. A mi lo que verdaderamente me atrae es conseguirlas.

CARMEN.- Bueno, al fin y al cabo, son porcelanas.

MARÍA.- Pero soy para todo igual. Cuando me encapricho en cualquier cosa, tengo que conseguirla, ya sea una porcelana, un vestido... o un hombre.

CARMEN.- ¿Un hombre...?

MARÍA.- Pero me pasa igual con todas las cosas. Una vez conseguido, pierdo el interés, ya sea la porcelana, el vestido...

CARMEN.- O el hombre.

MARÍA.- Sí, lo mismo me da. ¿A ti te pasa lo mismo?

CARMEN.- Estamos nosotros como para gastar el dinero en porcelanas.

MARÍA.- Hablo de los hombres.

CARMEN.- (*Cambiando apurada de tema*) Tiene un anillo precioso.

MARÍA.- ¿Este? Es el anillo de pedida de Antonio. Mira que pensé que lo había perdido, y acabo de encontrarlo encima de un mueble. Soy tan despistada.

CARMEN.- A mi me gusta muchísimo. Es muy, muy parecido a uno que tengo yo, que me regaló mi padre en mi boda, ¿sabe? Suelo llevarlo puesto cuando salgo

un poco preparada, pero hoy, no sé si de los nervios o de qué, tengo los dedos hinchados, y como me molestaba, a la que veníamos, se lo he metido a Joaquín en el bolsillo de la chaqueta. No sé ni si se enteraría, porque estaba peor que yo.

MARÍA.- En el bolsillo seguirá entonces. Oye, y tu, ¿coleccionas algo?

CARMEN.- Sobre todo, deudas. No es una colección muy original.

MARÍA.- (*Ríe*) Mira, algo así lo hace Antonio.

CARMEN.- No creo que ustedes coleccionen deudas precisamente.

MARÍA.- No, mujer, no me entiendes. Una de las cosas que suele hacer mi esposo es comprar deudas.

CARMEN.- No entiendo.

MARÍA.- Yo mucho tampoco, pero al parecer, Antonio compra deudas de la gente a otros prestamistas y algo gana con eso, aunque muchas de las operaciones las hace a través de sus abogados, o sociedades. Por eso te digo que colecciona deudas, como tu.

CARMEN.- ¿Compra deudas de otra gente? ¿A Don Anselmo también?

MARÍA.- No sé decirte, hija. Supongo. ¿Qué te pasa? Parece que has visto un fantasma.

CARMEN.- Nada, pensaba en mis cosas.

MARÍA.- Te has quedado blanca. Una copita de jerez no te va a venir mal. ¡Renata! ¡Renata! Puede ser una caída de tensión. A mi me ha pasado. Pero ya verás. El jerez es mano de santo.

RENATA.- (*Entra*) Pensaba que no había nadie en casa, porque llevo toda la tarde tan tranquila...

MARÍA.- Renata, trae por favor el jerez.

RENATA.- Arrea, ¿van a repetir? Le recuerdo que aún no han bebido ni pacharán, ni vino, ni orujo. Y ahora que lo pienso, agua tampoco, aunque la verdad, no me sorprende.

MARÍA.- La señora está un poco indispuesta, Renata.

RENATA.- No estará acostumbrada a meter tanto alcohol en el cuerpo.

MARÍA.- Por favor, Renata.

RENATA.- Pues nada, otra vez jerez, sin problema. (*A la que se va*) Caída de tensión, sí. Entonces en esta casa la tensión la deben de tener por los suelos. (*Se va*)

MARÍA.- ¿Estás bien?

CARMEN.- No es nada, de verdad.

ANTONIO.- (*Entra con JOAQUÍN*) ¿Qué te ha parecido?

JOAQUÍN.- Impresionante. ¡Qué montón de armas!

ANTONIO.- Estoy orgulloso de ella. Tengo un arco que perteneció a Alejandro Magno.

JOAQUÍN.- ¿Ese quién es, el que hace el coñac?

ANTONIO.- Y ahora tengo gente tratando en Italia la compra de una lanza que dicen pudiera ser la de Longino.

JOAQUÍN.- Longino... Ese es el que hace esos relojes suizos tan caros, ¿no?

ANTONIO.- Ese fue quien atravesó a Jesucristo en la cruz.

JOAQUÍN.- Ah, entonces no debía ser suizo, no.

CARMEN.- Joaquín...

JOAQUÍN.- Carmen, tienes mala cara. ¿Qué pasa?

MARÍA.- Yo creo que le ha bajado la tensión. Ahora traerá Renata un poco de jerez.

CARMEN.- Tendríamos que irnos, Joaquín.

JOAQUÍN.- Cielo, no es el momento.

CARMEN.- Tenemos que hablar, Joaquín, tienes que saber una cosa, Vayámonos.

JOAQUÍN.- En cuanto lleguen los abogados, Carmen.

CARMEN.- Es muy importante, Joaquín. Tiene que ver... con la deuda de Don Anselmo.

ANTONIO.- Ya no pueden tardar los abogados. Esta Renata... Iré yo a buscar el jerez.

*(Sale)*

MARÍA.- Voy a abrir un poco el balcón, para que le dé el aire. *(Lo hace)*

JOAQUÍN.- ¿Qué te pasa, Carmen?

CARMEN.- *(Bajo)* Joaquín, la deuda con Don Anselmo.

JOAQUÍN.- Esa deuda ya no existe, Carmen. Don Antonio...

CARMEN.- Don Antonio, Joaquín. Ha sido Don Antonio el que la ha comprado.

JOAQUÍN.- ¿Qué?

CARMEN.- Acaba de decírmelo su mujer. ¡Ha sido él!

MARÍA.- *(Vuelve)* Así está mejor.

ANTONIO.- *(Entra con una copa de jerez en la mano)* Traigo el jerez. *(Se lo da a CARMEN)*

JOAQUÍN.- Bebe, Carmen. *(CARMEN bebe toda la copa)*

ANTONIO.- Parece que tu tampoco tienes muy buen color, Joaquín.

JOAQUÍN.- Estoy preocupado por mi esposa...

CARMEN.- Ay, me estoy mareando.

JOAQUÍN: ¡Carmen! ¡Carmen! ¡Se está desmayando!

MARÍA.- ¡Renata! ¡Renata!

RENATA.- (*Entra*) ¿Para eso va el señor a traer el jerez, para llamarme al segundo? Lo hubiera traído yo, y habría ahorrado paseos.

MARÍA.- Ayúdame a sacar a Carmen a tomar el aire, anda, que está mareada.

RENATA.- ¿Qué esperaba? Jerez, brandy, champán...

MARÍA.- Ahora no, Renata. (*Cogen a CARMEN entre las dos y la sacan de la habitación. ANTONIO retiene a JOAQUÍN*)

ANTONIO.- Espera, Joaquín, María y Renata se encargan. De verdad que tu no tienes mejor color.

JOAQUÍN.- Don Antonio, quisiera hacerle una pregunta.

ANTONIO.- Las que quieras, Joaquín, somos socios, ¿no?

JOAQUÍN.- ¿Usted sabe quién le ha comprado mi deuda a Don Anselmo?

ANTONIO.- ¿Cómo voy a saberlo? Eso tendrías que preguntárselo a él. Además, ¿no me habías dicho que la había comprado una empresa con nombre de garra?

JOAQUÍN.- Sí, Agarra S.A. Don Antonio, ¿usted como se llama?

ANTONIO.- Joaquín, hijo, ¿esto qué es, como lo del caballo blanco de Santiago?

JOAQUÍN.- No, le pregunto por sus apellidos.

ANTONIO.- No sé a qué viene...

JOAQUÍN.- (*Firme*) ¿Quiere decirme, por favor, como son sus apellidos?

ANTONIO.- García Ramírez.

JOAQUÍN.- Antonio García Ramírez. A-ga-rra. ¿Cómo he podido ser tan imbécil?

ANTONIO.- (*Sin perder la sonrisa*) Bueno, al final eres más listo de lo que yo pensaba. Agarra. Ya te he dicho que mis abogados son unas sanguijuelas, y además de pocas luces, porque crearme una sociedad interpuesta con mi nombre... En fin.

JOAQUÍN.- ¿Así que todo esto no era más que para hacerse con mi empresa? Con todo el dinero que tiene, ¿tenía que hacerse con un negocio que a malas penas me puede dar a mi para vivir? ¿Qué le puede dar a usted? ¿Lo bastante para traer esa porquería de infusión que trae de fuera?

ANTONIO.- ¿El negocio? ¿Qué me importa a mi tu negocio? Esa empresa no me da ni para esa “porquería” de infusión que dices que compro.

JOAQUÍN.- ¿Y entonces? ¿Por qué todo esto?

ANTONIO.- Ya que estamos poniendo las cartas sobre la mesa, vamos a ponerlas todas.

JOAQUÍN.- Sí, pongámoslas todas. Así que Don Vidal, el director del banco, era una bellísima persona, y un gran amigo, ¿no?

ANTONIO.- Así es. No tuve más que hablar con él para que lo echase todo atrás. Soy su mejor cliente, Joaquín, ¿qué esperabas?

JOAQUÍN.- ¿Todo esto para una parte de mi negocio?

ANTONIO.- Ya te he dicho que a mi tu negocio no me sirve para nada. Pero, estamos poniendo las cartas sobre la mesa, ¿no? (*Se sienta, saca del bolsillo una pistola y la pone sobre la mesa, delante de él*) Yo voy a poner algo más. Siéntase. (*JOAQUÍN está un poco asustado, y duda. ANTONIO pone la mano sobre la pistola*) ¡Que te sientes!

JOAQUÍN.- Don Antonio, yo...

ANTONIO.- Esta es una pieza de las más importantes de mi colección. Forma parte de la historia. Según el que me la vendió, era la pistola de un asesino en serie, con la que mataba a sus amantes. Sus amantes... Qué ironía, ¿verdad?

JOAQUÍN.- No sé de qué habla...

ANTONIO.- (*Siempre con la mano sobre la pistola*) Vamos a dejarnos de tonterías, Joaquín. Tu empresa me importa un pimiento, lo único que quería era arruinarte la vida.

JOAQUÍN.- ¿Y para eso se asocia conmigo?

ANTONIO.- (*Ríe*) Vamos, Joaquín. Ni hay contrato, ni abogados, ni nada de nada. Llevo toda la tarde riéndome de ti. No hay mayor satisfacción que ver a alguien subir mucho para que luego se de un batacazo, como el que estás llevando tu ahora. La deuda va a cumplir, y como no vas a pagar, voy a quedarme con todo: Tu negocio, tu casa... Puede que con todo eso igual sí me dé para la porquería de infusión inglesa.

JOAQUÍN.- Por favor, Don Antonio... No lo haga. Piense en mi esposa.

ANTONIO.- ¿En tu esposa? ¿Pensabas tu mucho en ella cuando estabas con la mía? (*Una pequeña pausa*) ¿Qué pensabas, idiota, que no lo sabía? ¿Piensas que te estoy haciendo todo esto para distraerme? (*Muy serio*) Podía aguantarle cualquier cosa, lo que fuera. Pero los cuernos, no. (*Coge la pistola y se levanta*) La mujer del César no solo tiene que ser buena, tiene que parecerlo. Y la mía, ni lo es, ni lo parece.

JOAQUÍN.- (*Ya de pie*) Por favor, Don Antonio, no haga una locura.

MARÍA.- (*Entra en ese momento*) Carmen se ha desmayado, yo creo que deberíamos llamar al médico. (*Al ver la escena*) ¿Qué pasa aquí?



ANTONIO.- ¿Qué pasa? Mira, llegas a tiempo. (*Dispara a JOAQUÍN, que cae fulminado. MARÍA grita, y ANTONIO vuelve la pistola hacia ella*) No te he pedido en tu vida más que una cosa, y es que mantuvieras las apariencias.

MARÍA.- Antonio, por favor.

ANTONIO.- ¿Te costaba mucho? ¿No podías aguantar sin meter a nadie en tu cama?

MARÍA.- Si tu hubieses entrado alguna vez, pudiera ser que no hubiese metido yo a nadie.

ANTONIO.- Tuve mis motivos para no entrar nunca en tu cama.

MARÍA.- Soy joven, guapa, ¿qué querías?

ANTONIO.- Ya te lo he dicho, que no hubiese entrado nadie más en ella.

RENATA.- (*Entra, pero no parece sorprenderse demasiado por lo que ve*) ¿A qué jugamos en esta ocasión?

MARÍA.- ¡Renata! No se acerque, que el señor se ha vuelto loco.

RENATA.- ¿Es eso cierto, señor?

ANTONIO.- (*Abraza a RENATA y le da un beso en la frente*) No, madre, no es cierto. Estoy bien cuerdo.

MARÍA.- ¿Madre? ¿Renata es tu madre?

ANTONIO.- ¿Qué pensabas? ¿Qué le aguantaba todos sus desplantes por su cara bonita?

RENATA.- Gracias por lo que me toca, hijo.

ANTONIO.- ¿Y quieres saber por qué nunca me he metido en tu cama? Porque tu y yo somos hermanos.

MARÍA.- ¿Qué?

RENATA.- El padre de usted era bien aficionado a las camas ajenas también, lo deben de llevar en la sangre, y en la mía se metió más de una vez... hasta que me hizo esto. (*Por ANTONIO*) Así que para no destrozar su matrimonio y su vida, no le quedó mas remedio que aceptar que Antonio, cuando se hiciera mayor, se casase con usted. Al fin y al cabo, la fortuna de su padre, también era de mi hijo.

MARÍA.- Pos Dios, Antonio. ¿Y ahora qué vas a hacer? ¿Matarnos a todos? ¿No sabes lo que va a pasar después?

ANTONIO.- ¿A todos? ¿A todos, por qué? ¿Qué ha hecho la pobre esposa de Joaquín para que yo la mate? Tiene de sobra con tenerlos bien puestos, como yo.

MARÍA.- Pues si no avisamos al médico, no sé qué pasará, está desmayada.

ANTONIO.- No está desmayada, está drogada. Ha sido el jerez que le he traído. No tardará en recuperarse. Pero es que Carmen es muy importante en todo esto. Verás lo que se me ha ocurrido: Carmen os sorprendió a su marido y a ti engañándola, así que cogió una pistola de mi colección, que por accidente yo había dejado cargada y os mató a los dos. No quedará ninguna duda cuando acabe contigo, le ponga la pistola a ella en su mano, y Renata y yo la encontremos y llamemos a la policía. Y yo, el pobre viudo, tendré que conformarme con quedarme viudo, con toda la fortuna de la familia.

RENATA.- Que es la tuya, no lo olvides.

MARÍA.- Antonio, por Dios, todo esto de Joaquín no era más que un juego. No es nada para mi, era por divertirme.

ANTONIO.- Haberte comprado unos cascabeles, en vez de ponerme en boca todo el mundo. Pero, dejemos de hablar, que Carmen en cualquier momento va a despertar. (*Apunta a MARÍA*) Adiós, cariño. (*En ese momento, y todo muy rápido, JOAQUÍN se levanta del suelo, coge la mano de ANTONIO y desvía el tiro, luego se la quita y apunta a ANTONIO*)

ANTONIO.- ¿Qué es esto? Tu tenías que estar... ¡No he fallado el tiro!

JOAQUÍN.- Es verdad. No has fallado. En medio del pecho. (*Mete la mano en el bolsillo la chaqueta y saca la chapa de oro, deformada. La tira sobre la mesa*) Tenía razón mi madre. Esa chapa me ha salvado la vida. Pero ahora nadie podrá salvar la tuya.

ANTONIO.- ¿Vas a matarme? ¿Vas a atreverte?

JOAQUÍN.- No mereces ni que se gaste una bala contigo. Yo confío más en la justicia. Entre la chapa, la bala, y la costilla que se me ha sedado con el disparo, no habrá dudas.

ANTONIO.- ¿Y te van a creer a ti? ¿Tu palabra contra la mía?

MARÍA.- A él tal vez no. Pero a mi, sí. Y mi palabra seguro no vale menos que la tuya.

JOAQUÍN.- ¿La tuya? ¿Así que no era más que un juego? Me está bien empleado, por pensar que alguien como tu quisiera nada con un infeliz como yo.

ANTONIO.- Sienta mal sentirse traicionado, ¿eh, Joaquín? (*A MARÍA*) No lo haces mal, cielo. Has sido capaz de tenernos engañados a los dos a la vez.

CARMEN.- (*Entra, aún mareada*) ¿Qué ha pasado? Tengo la cabeza...

ANTONIO.- (*Siempre muy seguro de sí mismo*) Bueno, sé cuando pierdo, y ahora estoy perdiendo. Así que tal vez sea el momento de hablar las cosas a las claras, ¿no te parece, Joaquín?

JOAQUÍN.- (*Lo amenaza con la pistola*) ¡Cállese!

CARMEN.- ¿Qué pasa, Joaquín? ¿Qué haces con esa pistola?

ANTONIO.- Si no hablo aquí, tendré que hablar en el juicio, Joaquín. Todo va a salir a la luz.

CARMEN.- ¿Por qué tienes esa pistola?

JOAQUÍN.- Es... Es de la colección de Don Antonio, estaba... admirándola. (*La posa encima de la mesa*) Muy bonita, Don Antonio. (*Guarda la chapa*) Esta la voy a guardar yo, si le parece. Seguirá conmigo, por si “algún día” la necesito para salvarme.

ANTONIO.- Espero que eso no llegue a ser necesario.

JOAQUÍN.- No lo será, ya que usted se va a olvidar de toda mi deuda. Porque, es eso lo que me ha dicho, ¿no?

ANTONIO.- (*Sonríe*) Sí, eso es. Yo me olvidaré para siempre de tu deuda. Pero tu, te olvidarás para siempre de esta casa, y de nosotros (*Recalcando en MARÍA*), de los dos. ¿Ese era el trato?

JOAQUÍN.- (*Mira a MARÍA*) Ese es el trato. Nunca volveré a pisar esta casa.

CARMEN.- No entiendo nada, Joaquín.

JOAQUÍN.- Ven. (*Abraza a CARMEN*) Ya te explico después.

ANTONIO.- Renata, acompaña a estos señores a la puerta, por favor.

RENATA.- Sí, señor.

JOAQUÍN.- Vaya, como le ha bajado el sentido del humor a esta señora. ¿Vamos? (*A la que se van, ANTONIO coge con violencia a MARÍA, y JOAQUIN al verlo vuelve*) De todas formas, Don Antonio, como tal vez no volvamos a vernos, quisiera decirle que esta chapa lo mismo puede ayudarme a mi, si me hace falta, que a ustedes, si fuera menester. Si, por ejemplo, su esposa la necesitase, por cualquier desgracia de estas que pueden pasar, no dude que se usará. (*A MARÍA*) Considéralo un regalo de despedida.

ANTONIO.- (*Suelta a MARÍA*) Entiendo, Joaquín. No caerá en saco roto ese detalle.

JOAQUÍN.- (*A MARÍA*) Señora, ha sido un... placer.

MARÍA.- El placer ha sido de los dos.

JOAQUÍN.- (*A RENATA*) No hace falta que nos acompañe. ya conocemos el camino. Vamos, Carmen. (*Salen ellos dos. Hay una pequeña pausa donde nadie acierta a hablar nada*)

ANTONIO.- (*Sentándose*) Bien, qué gente más agradable, ¿eh? ¿Otro té, querida?

MARÍA.- (*Sentándose al otro lado*) Muy agradable, sí. Del inglés, por favor.

ANTONIO.- Renata, con una nube de leche, como siempre.

RENATA.- *(A la que se va)* ¡Calzonazos...! *(ANTONIO y MARÍA aguantan la mirada mientras cae el*

*TELÓN*